

EMETERIO CUADRADO DIAZ

(Madrid)

Una interesante tumba ibérica de la Necrópolis del Cigarralejo

Las primeras referencias a la necrópolis ibérica del Cigarralejo se dieron al publicar las excavaciones del santuario inmediato (1) y desde entonces todas las campañas que vengo desarrollando periódicamente resultan a cuál más fructífera. Entre las tumbas excavadas en la última campaña, se destaca una que por su interés damos a conocer en este breve trabajo, sin esperar a la publicación general de toda la necrópolis, que aún ha de suponer muchos años de investigaciones.

Nos referimos a la tumba núm. 57.

No nos extenderemos en repetir detalles sobre el yacimiento del Cigarralejo, lugar próximo a Mula (Murcia), porque sería cansar a mis lectores, a los que remito a cuanto hemos publicado sobre él. Sin embargo, sí es necesario insistir sobre algunos caracteres típicos de esta necrópolis.

Como todas las ibéricas, es de incineración, presentándose la mayoría de las tumbas constituídas por una fosa, en la que se colocaba la urna cineraria y el ajuar, cubierta por un túmulo de piedra con barro, más o menos grande. En general, las tumbas varoniles contienen siempre armas, siendo en su mayoría, las que no las tienen, pertenecientes a mujeres.

(1) E. CUADRADO: "Excavaciones en el santuario ibérico del Cigarralejo (Mula, Murcia)". Informes y Memorias de la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas. Madrid 1950. Pág. 169 y sig.

No existe una estratigrafía concordante, estando realmente amontonadas las tumbas unas sobre otras, y si la profundidad de la excavación para un enterramiento es grande, ocurre que tumbas más profundas, son más modernas que otras superficiales.

Descripción de la tumba.

La tumba núm. 57 presenta caracteres (y a su vez problemas) de gran interés, pues permite relacionarla en edad con las inmediatas, estableciendo entre ellas una cronología relativa.

La tumba, al descubrirla (lám. I, 1) se presentaba como un túmulo de planta casi cuadrada de 2,40 m. de lado, cuya parte superior sólo se encontraba a 0,50 m. bajo la superficie del terreno de labor, en que está enclavada la necrópolis. La estructura de este túmulo (fig. 1.^a) está constituida por un recinto de piedra tomada con barro, de unos 0,40 m. de espesor y 0,70 m. de alto, macizado con piedra de igual tamaño que la del recinto. Sobresaliendo del prisma así formado y dejando alrededor una berma igual casi al espesor del muro del recinto, resalta lo que podemos llamar la cubierta, que es otro prisma de base cuadrada y 1,80 m. de lado, formado por un borde de piedras de mayor tamaño que las del cuerpo inferior, de unos 0,20 m. de altura, macizado en su interior por piedras pequeñas, en cuyo centro, una de mayor tamaño quería ser el remate. El volumen de piedra colocada era, pues, de unos 4,5 m³.

Sobre el extremo Sur de este túmulo yacía la tumba núm. 61, que por lo superficial estaba muy destruída, encontrándose entre las cenizas, dos clavos de hierro muy corroídos, una fusayola bitroncocónica, una perla de collar de pasta vítrea azul, con grandes lunares blancos y centro amarillo, análoga a las de la Tene I, un pequeño cacharrito y multitud de fragmentos cerámicos que suponemos imposibles de reconstruir.

Delante de su lado Norte tenía abierta una zanja de exploración que penetraba unos 0,70 m. en el terreno virgen (lám. I, 1), por lo que el reconocimiento de la tumba pudo hacerse con toda seguridad. La excavación se comenzó por este lado, conservando el recinto por los otros tres, encontrándonos con la sorpresa de que el enterramiento no estaba centrado con el túmulo (caso bastante frecuente) sino situado en un ángulo (fig. 1.^a), hasta el extremo de que las cenizas se metían bajo los muros inmediatos. El enterramiento estaba constituido por una urna cineraria, empotrada en

cenizas, con el ajuar alrededor, y todo cubierto por una capa de barro amasado de color amarillo, sobre el que se realizó el macizado del túmulo (lám. I, 2).

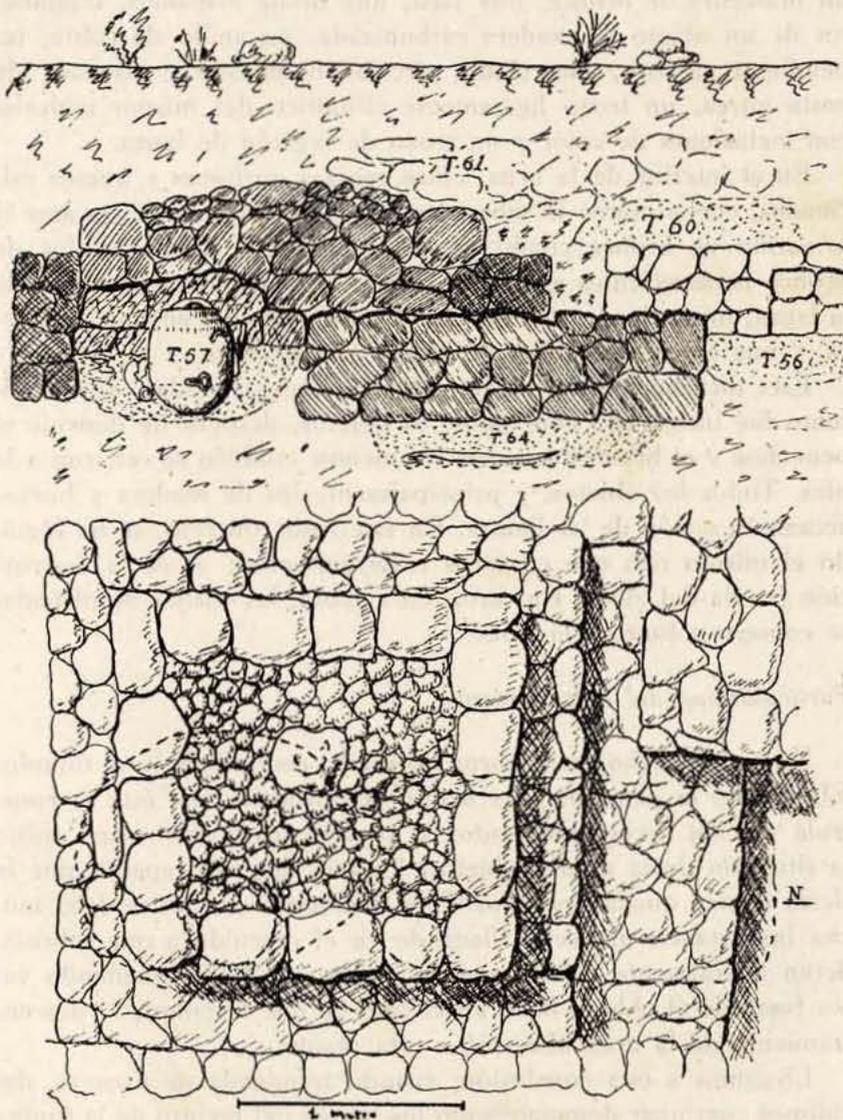


Fig. 1.^a—Corte y p'anta de la tumba número 57 del Cigarralejo.

Situación del ajuar

La urna estaba en posición vertical, cubierta con una tapadera rota por la presión del terreno. Si miramos el conjunto desde el

frente de excavación (parte inferior de la fig. 1.^a), delante de la urna se encontraba el cuello y boca de un oenochoé. Todo ello pegado a la urna. Separados, a la izquierda, los restos desmenuzados de un braserillo de bronce, una taba, una fíbula hispánica, fragmentos de un objeto de madera carbonizada, un anillo de cobre, un pendiente de oro, una piedra circular bombeada y jaspeada de pasta vítrea, un trozo ligeramente cilíndrico del mismo material con inclusiones de color y un trozo de regatón de lanza.

En el interior de la urna, entre cenizas, carbones y huesos calcinados, encontramos 18 tabas, las piezas de sujeción de las asas al braserillo de bronce citado, trozos fundidos o desmenuzados de bronce pertenecientes al mismo vaso o al oenochoé, el regatón de la lanza, un trozo de otro que tal vez sea parte del encontrado fuera, y una especie de alfiler de hierro para el pelo.

Esta distribución del ajuar indica sin lugar a dudas, que el difunto fué incinerado con todos los objetos, después de destruir el oenochoé y el braserillo, cuyos fragmentos también se echaron a la pira. Todos los objetos, y principalmente los de madera y hueso, acusan la acción de las llamas. En este caso concreto, se ha seguido el mismo rito que en otros enterramientos: el de la destrucción previa del ajuar. En otros, en cambio, las vasijas de ofrendas se conservan junto a la urna.

Particularidad del enterramiento.

Ya hemos dicho que la urna no estaba centrada bajo el túmulo. El caso no es extraño, pues hemos comprobado que éste se construía muchas veces, despistados al parecer los constructores sobre la situación de la urna y objetos, los que una vez tapados por la tierra debían quedar inciertos. Ello demuestra que no se daba mucha importancia al hecho, llegando en el descuido a que sobresalieran lateralmente del túmulo las armas, y a veces quedando vasos fuera de él. Ahora bien, en el caso de que tratamos, el descenramiento de la urna obedeció a otra razón.

Llegamos a esta conclusión, cuando terminada de excavar, decidimos continuar desmantelando los muros del recinto de la tumba que ya creíamos exhausta, llevándonos la sorpresa de que bajo el relleno del túmulo a la derecha de la urna, aparecía un nuevo lecho de cenizas y huesos, y entre ellos una falcata, una lanza, una fíbula hispánica, un vasito globular, resto de un vaso negro brillante (ático o campaniense) y varios objetos más.

Al principio pensamos que se trataba de parte del ajuar de 'a misma tumba, pues era raro que en tumba tan importante de guerrero, sólo hubiese una pequeña lanza, siendo lógico que hubiese además la falcata o espada habitual, y posiblemente una segunda lanza y restos de las guarniciones del escudo.

Sin embargo, la colocación de las piedras que cubrían este nuevo hallazgo, parecía bastante geométrica, con independencia del túmulo, y además (ver la figura) sobresalían por su parte derecha. Por otra parte, el nivel de cenizas era más profundo, y salvo que se tratara de un nuevo rito de enterramiento, habíamos de suponer este conjunto, que llevaba además restos de huesos como una nueva tumba.

Por otra parte, esta afirmación nos daba explicación del porqué del descentramiento de la urna y ajuar de T. 57. Sin duda la tumba más inferior (la T. 64) (fig. 1.^a) era más antigua, y por tanto estaba ya construída cuando se procedió al enterramiento de la T. 57. Trazada su construcción e iniciada la excavación de la misma, encontróse el obstáculo del túmulo de T. 64, lo que buscando tierra donde introducir la urna, obligó a soslayar este túmulo, haciendo el hueco necesario donde nosotros lo encontramos. Realizada la cremación, se introdujo en la urna, con los restos del difunto, parte de los objetos o trozos de los mismos arrojados a la pira, así como carbones procedentes de la leña de ésta. Echáronse alrededor de la urna las cenizas sobrantes, y se aseguró aquélla con los trozos más grandes del oenochoé, hincándose junto a ella la punta de la lanza que debió quedar fuera. En un montón a la izquierda se pusieron las cenizas y restos del ajuar; cubrióse el conjunto con barro amasado de color amarillo, y sobre todo se construyó el túmulo como se había proyectado.

Descripción del ajuar.

Aunque reducido, el ajuar es de gran interés. Clasificándolo por el material de fabricación, tenemos objetos de barro cocido, de madera, hueso, vidrio, hierro, bronce y oro.

a) *Objetos de barro cocido.*—El único encontrado es la gran urna, que del tipo ovoide clásico en esta necrópolis, con asas pegadas en sus extremos y centro, sólo presenta como particular la clásica decoración geométrica, lo mismo que el plato que servía de tapadera.

b) *Objetos de madera*.—En la excavación que con todo cuidado realizamos de la capa de cenizas, pudimos distinguir de los carbones procedentes de la pira, unos pequeños trozos tallados pertenecientes al parecer a un estuche para guardar pequeñas cosas, tal vez alfileres. Tenemos trozos del cuerpo y de la base (fig. 2.^a).

c) *Objetos de hueso*.—Las 19 tabas o astrágalos y trozos menudos de otros, todas menos una (fig. 2.^a) encontradas en el interior de la urna, acusan que se procuró meterlas todas en ella después de la cremación, tal vez, porque siendo piezas de un juego extendido por todo el Mediterráneo, se quiso continuasen sirviendo de diversión al difunto en la otra vida. Es curioso notar que en muchas de ellas, se han raspado y alisado las dos caras laterales con objeto de suprimir los salientes del hueso, tratando de dejarlas planas, aunque no muy paralelas.

d) *Objetos de vidrio* (fig. 2.^a).—Hemos encontrado dos piezas de materia vítrea. Una es una especie de ficha redonda con una cara convexa y la otra plana con un pequeño ombligo central. La pasta es blanca, jaspeada de castaño oscuro, aunque éste no debió ser el color primitivo, muy alterado por el fuego. Dechelette (2) supone estas piezas fichas de juego, pero el hecho de haberlas encontrado en otras tumbas acompañando botones o pasadores de bronce, con señales de haber llevado adheridas piezas de pasta vítrea de tamaño análogo, nos hace suponer que son en realidad adornos de piezas metálicas del atavío de los difuntos. La hemos visto en muchos museos de Italia, y abundantes en el Museo Nazionale de Villa Giulia, de Roma, posiblemente de origen greco-etrusco.

La segunda pieza es un trozo de vidrio azul, con incrustaciones amarillas en forma de palma. No es posible conjeturar su utilización u objeto de procedencia.

e) *Objetos de hierro* (Fig. 2.^a).—Tenemos en primer lugar una punta de lanza del tipo de hoja de sauce, sin nervio central saliente, aunque de más grosor en el eje. El regatón es cónico.

Los otros dos trozos de regatón parecen corresponder al mismo, y debió ser análogo al anterior. En su constitución entró el cobre, pues se observan abundantes restos de óxido.

Además de dos piezas informes y muy exfoliadas, correspon-

(2) J. DECHELETTE: "Manuel d'Archéologie Préhistorique, Celtique et Gallo-Romaine". Paris, 1927. IV, págs. 903 y 904.

dientes a un objeto desconocido, pero grueso, tenemos también otro muy curioso. Se trata de una especie de alfiler con su extremo superior plano y curvo y el tallo de sección cuadrada retorcido en forma de sacacorchos. Ignoramos su posible uso.

f) *Objetos de cobre o bronce.*— La pieza más sencilla es un anillo posiblemente de cobre, de sección plana por dentro y ligeramente convexa por fuera. Es uno de tantos anillos como aparecen continuamente en nuestra necrópolis. Lo extraño en él (y el



Fig. 2.ª—Diversos objetos de madera, hueso, vidrio, hierro y oro de la tumba 57 del Cigarralejo.

caso es frecuente en otras tumbas) es su diámetro interior, tan sólo de 15 mm., es decir, que difícilmente cabría en el dedo pequeño de un hombre no grueso. Nos hace pensar esto, o que el anillo no se usó en los dedos, o que fué lanzado a la pira por otra persona que de este modo hacía así una ofrenda al difunto.

La segunda pieza es una fíbula anular de las llamadas hispánicas, de 37 mm. de diámetro exterior y muelle rígido. No ofrece ninguna particularidad (fig. 2.ª).

Nos quedan, pues, las dos piezas que dan gran interés a esta tumba. El oenochoé y el braserillo.

El primero (Lám. I, núm. 3) completamente destruído, presentaba íntegros, aunque separados, el cuello y el asa, mientras el cuerpo estaba partido en varios trozos, de los que el más grande permitía (por estar entero desde la unión con el cuello hasta el



Fig. 3.^a—Reconstrucción de la forma del oenochoé de la tumba 57 del Cigarralejo

fondo, y éste íntegramente adherido) reconstituir la forma exacta del jarro. Esta (fig. 3.^a) es del tipo de pico levantado, con una altura de unos 20 cm. desde el extremo de éste a la base de sustentación. La boca (fig. 4.^a), que es plana, está formada por una parte elíptica y el pico que es recto. Son típicas las uniones en ángulo recto de éste con aquélla, que quedan voladas en el interior de la boca. El cuello es trilobado, si bien los lóbulos posteriores forman la misma elipse, mientras que el anterior se amolda a la forma del

pico. Todo el borde queda separado del cuello por un profundo y marcado entrante de sección semicircular (Lám. I, 5). Igualmente está muy marcada la unión del cuello y hombros del recipiente. En cuanto al fondo, está constituido (fig. 4.^a y Lám. I, 5) por dos chapas superpuestas: una circular, y otra exterior de forma de corona también circular, y ambas con sus bordes remachados hacia adentro, cogiendo los del cuerpo del jarro, que están vueltos hacia fuera. El asa es de sección circular y muy sencilla. Su unión a la

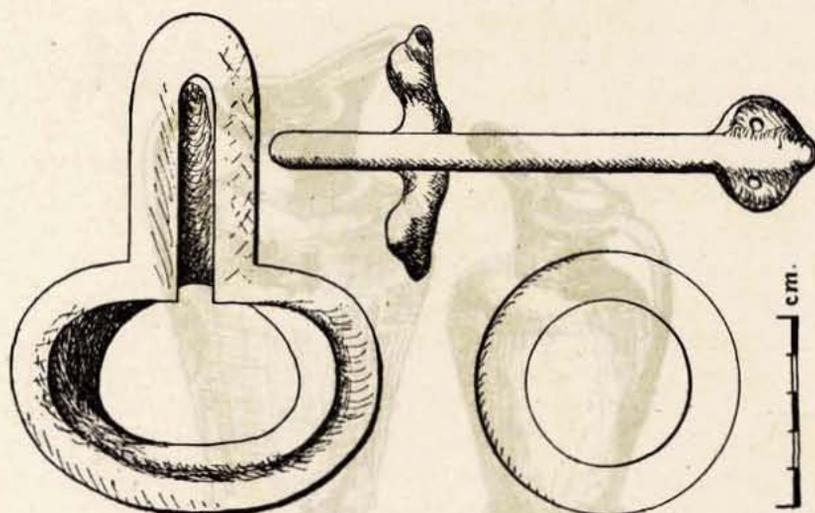


Fig. 4.^a—Boca, asa y base del oenochoé del Cigarralejo

boca parece que no lleva clavo alguno, sino que se realiza en forma de mordedura. Los extremos de la parte de unión son cabezas de serpiente, igual que el inferior de sujeción al cuerpo (fig. 4.^a), que es una cabeza muy aplastada, en que los ojos son los dos remaches de unión y el hocico se encuentra muy acusado.

Es indudable que, a pesar de su sencillez, principalmente en lo que se refiere al asa, es ésta una pieza análoga a las que se encuentran en Alemania del Sur, Austria, Bohemia, Suiza, Francia y Bélgica (fig. 5.^a), pertenecientes a La Tene I, y procedentes en su mayoría de la Campania. Dechelette (3) considera dos series: la primera con ornamentación más rica y cuidada, tiene en los mejores ejemplares el asa formada a veces por una figura humana; la pieza de

(3) J. DECHELETTE, *Op. cit.* (Nota 2). T. IV, pág. 396 y sig.

fijación a la boca presenta cabezas de panteras, serpientes, leones, etcétera; y el cuello puede llevar grabados. En la segunda serie, el cuello no va grabado casi nunca; el asa va surcada por nervaduras longitudinales; la pieza de fijación termina en cabezas de animales, y el extremo inferior en una palmeta más o menos historiada. El primer grupo se encuentra casi exclusivamente en Renania, Bohemia y Austria, mientras que el segundo en todos los países citados. También era natural que, procediendo estos jarrones de la



Fig. 5.^a—Oenochoés de bronce de Eigenbilsen (Bélgica) y Somme-Bionne (Marne)

(Según Dechelette)

Campania, la Etruria fuese pródiga en hallazgos de este tipo, como así es realmente, siendo numerosísimas las colecciones (de todos los tipos) procedentes de las tumbas etruscas, nación que debió servir de vehículo de exportación, y que construyó también sus tipos peculiares.

Aunque la primera serie parece más antigua, no debe haber gran diferencia, no siendo ninguno posterior a fines del siglo V a. J. C. La simplicidad decorativa de nuestro oenochoé, dificulta su clasificación en una de dichas series, si bien su gable, los terminales del asa en cabezas de serpiente y su tamaño nos inclina hacia el primer grupo.

En España son escasos los oenochoés griegos que se han encon-

trado, siendo en general piezas incompletas, principalmente asas. Los conocidos (4) son: Boca y asa de oenochoé de la región de Granada, de época muy anterior al nuestro (s. VI); una palmeta terminal de un asa de oenochoé encontrada en la tumba núm. 20 de Tútugi (Granada) (5), posiblemente contemporánea de nuestro jarro y fechable en el s. V a. J. C.; asa de un recipiente (oenochoé) procedente de la región de Sevilla (6) que pudiera incluirse en la segunda serie de Dechelette, y datable del VI-V s. a. J. C.; asa de oenochoé con cabeza de Sileno procedente de Galera (tumba 76 de Tútugi), que fecha García y Bellido en el siglo IV-III por el ajuar que la acompañaba de procedencia suditálica o siciliana; y por último, un asa de jarro encontrada en la Alcazaba de Málaga, posiblemente de un oenochoé del s. VI-V (7).

He consultado al Prof. Massimo Pallottino del Instituto di Archeología de Roma, quien como primera impresión me dice que mi oenochoé pudiera ser análogo a tipos muy difundidos en Italia en el V-IV s. a. J. C.

La opinión que nosotros hemos formado es que se trata de un ejemplar de fines del V o principios del IV, que pudo usarse en la primera mitad de este último siglo, y aunque su decoración es sencillísima, su posible reconstitución, las líneas elegantes de su cuello y boca, la aparición en su punto de enterramiento, ser el más completo de los conocidos en España y el único de su clase encontrado, hacen esta pieza de extraordinario interés.

El otro objeto importante de bronce que hemos encontrado en el brasero. Como ya dijimos, estaba, no sólo destruído, sino verdaderamente triturado. Por ello su reconstrucción es imposible y la reconstitución de su forma original, muy problemática. Sin embargo, hemos recogido en perfecto estado las piezas de sujeción de las asas, y éstas, aunque rotas, casi completas (Lám. I, 4). Disponemos de trozos del borde, suficientes en curvatura, para determinar que el diámetro del brasero era de unos 26 a 27 cm. Con los

(4) A. GARCIA BELLIDO: "Hispania Graeca", Barcelona, 1948. Tomo II, páginas 83, 97, 123 y 127.

(5) J. CABRE y F. DE MOTOS: "La necrópolis ibérica de Tútugi (Galera, provincia de Granada)". J. S. E. A. Madrid 1920.

(6) M. ALMAGRO: "Un nuevo bronce griego hallado en España". Ampurias, V, 1943, pág. 251.

(7) S. GIMENEZ REYNA. "Memoria Arqueológica de la provincia de Málaga hasta 1946". Núm. 12 de "Informes y Memorias" de la Comisaría G. Excavaciones Arqueológicas. Lám. XXXI.

pocos elementos de que disponemos y la analogía del braserillo con otros del mismo estilo, hemos dibujado la forma que suponemos tuvo, pero de la que sólo es cierta, el borde y la posición de las asas, así como estas mismas. La profundidad, es completamente hipotética. Resulta, pues, así, una especie de fuentecilla de cobre o bronce forjado, en el que el borde se forma por vuelta hacia adentro de la chapa, en la forma que indica la figura (fig. 6.^a). Tiene dos asas constituídas por un redondo de bronce de 5 mm. de diáme-

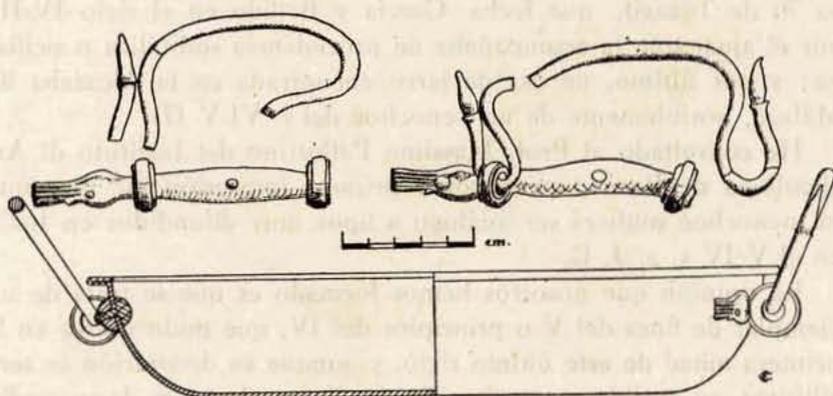


Fig. 6.^a—Piezas del braserillo y reconstrucción ideal del mismo.

tro, cuyos extremos, terminados en sendas bellotas, se doblan sobre sí mismos para formar el lazo que aprisiona la unión al cuerpo fijo del asa. Estas piezas curvadas, para amoldarse al cuerpo del braserillo, son de bronce fundido, y tendrían una longitud de 15,5 cm. si no les faltase uno de los extremos a ambas. Estos extremos tienen forma de manos extendidas con el dorso visto y la palma pegada al vaso. El dedo pulgar es corto y bien diferenciado, mientras que los otros cuatro, pegados entre sí, tienen la misma longitud. Las dos manos que se conservan son la derecha precisamente, y en lo que pudiera ser la muñeca, está saliente y rígida la anilla que sirve al asa de charnela. Estas piezas se sujetaban al vaso por tres remaches situados en su centro y en el dorso de las manos, con cabeza regular hemisférica que quedaba en el interior del mismo. No sabemos si estas cabezas, que encontramos sueltas (sólo dos), la tendrían los tres remaches o sólo el central, aunque suponemos lo primero.

La forma curvada de estas sujeciones no deja lugar a dudas sobre cómo iban colocadas en el vaso, y por otro lado, la necesidad

de poder meter los dedos en las asas, obligaba a éstas a estar insertas cerca del borde, tal como lo hemos dibujado.

En España se han encontrado varios ejemplares de braseros análogos. Los más importantes son los de la cañada de Ruiz Sánchez (8) y el de la Aliseda (9). En este último punto se encontra-

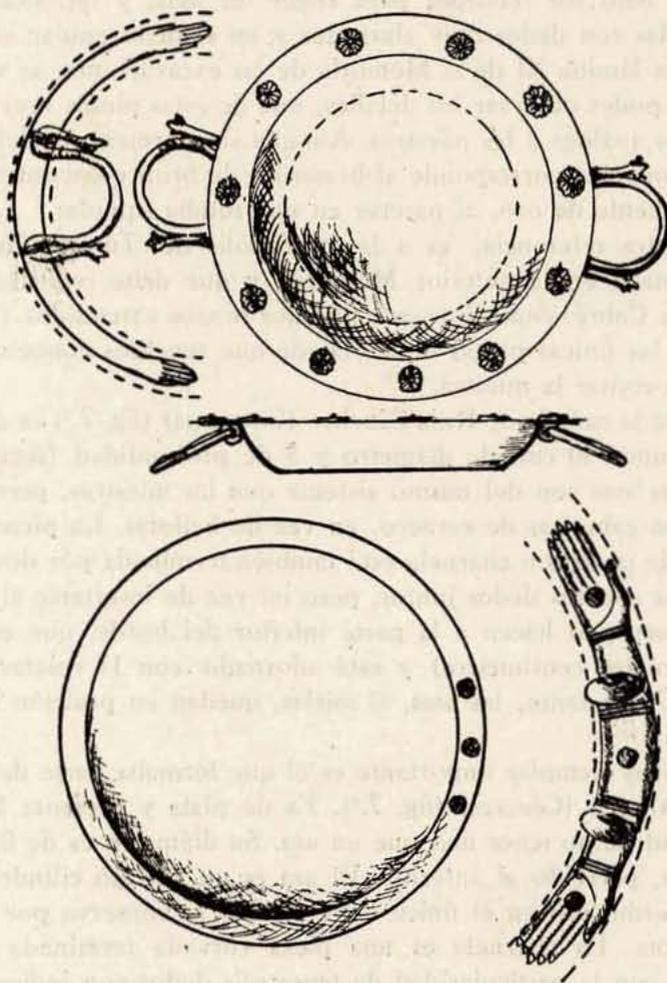


Fig. 7.^a—Braserillo de bronce de La Cañada de Ruiz Sánchez (Carmona) (según Bonsor) y el de plata de La Aliseda (Cáceres)

(8) G. BONSOR: "Les colonies agricoles pre-romaines de la vallée du Betis". Paris 1889, pág. 57.

(9) J. R. MELIDA: "Tesoro de Aliseda". Madrid 1921. Pág. 29.

ron además abundantes fragmentos (más de cien) de otro brasero, y el señor Vives poseyó un asa con manos procedente de uno de bronce, que desconozco. Tenemos referencias de otras dos charnelas con manos, halladas sueltas: una en la necrópolis del Molar (Alicante), y otra en la de Tútugi (Granada). El descubridor (10) cita para aquella necrópolis, «restos de braserillos con piezas abrazaderas bajo los rebordes para coger las asas, y terminadas por manecillas con dedos muy alargados y en el dedo anular sortija».

En la lámina XI de la Memoria de las excavaciones, se ve, aunque sin poder observar los detalles, una de estas piezas muy corroída, pero análoga a las nuestras. Aunque sin pormenores del hallazgo, suponemos corresponde al braserillo de bronce encontrado con un pendiente de oro, al parecer en una tumba tumular.

La otra referencia, es a la necrópolis de Tútugi (Granada), mencionada en la anterior Memoria, y que debe referirse al asa que cita Cabré, como formada por dos brazos extendidos (11). Estas son las únicas piezas españolas de que tenemos conocimiento: seis, sin contar la nuestra.

El de la cañada de Ruiz Sánchez (Carmona) (fig. 7.^a) es de bronce, de unos 40 cm. de diámetro y 5 de profundidad (según Bonsor). Las asas son del mismo sistema que las nuestras, pero terminadas en cabecitas de carnero, en vez de bellotas. La pieza de sujeción de las asas o charnela está también terminada por dos manos estiradas con los dedos juntos, pero en vez de insertarse al cuerpo del brasero, lo hacen a la parte inferior del borde, que es ancho (unos cuatro centímetros) y está adornado con 11 rosetas superpuestas. Por tanto, las asas, al asirlas, quedan en posición casi horizontal.

El otro ejemplar importante es el que formaba parte del tesoro de la Aliseda (Cáceres) (fig. 7.^a). Es de plata y presenta la particularidad de no tener más que un asa. Su diámetro es de 0,45 cm., es decir, parecido al anterior. El asa es un vástago cilíndrico curvado, terminado en el único extremo que se conserva por una semi-bellota. La charnela es una pieza curvada terminada en dos manos, con la particularidad de tener seis dedos con indicación de las uñas, y a la vez las rayas que quieren representar las arrugas

(10) J. SENENT: "Excavaciones en la necrópolis del Molar".—Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, núm. 107. Madrid 1930. Página 12.

(11) J. CABRE. *Op. cit.* (Nota 5), pág. 69.

de la palma de la mano. De las muñecas arrancan las anillas rígidas, de sección circular, que sirven de charnelas. La unión al brasero de esta pieza se hace bajo el borde, igual que en la anterior, sujetándola por tres remaches, uno central y los otros en la palma de las manos, con cabezas sobre el borde exterior en forma de rosáceas.

Aunque el sitio de inserción es diferente, es indudable la analogía de las asas de estas dos piezas con la nuestra, principalmente la de la Aliseda, inclusive en el sistema de los tres remaches.

Mélida, supone el tesoro de Aliseda fenicio, salvo la diadema, posiblemente indígena, y los braserillos cartagineses, adoptando para ello la opinión de Bonsor, referente al de la cañada de Ruiz Sánchez, que se funda en que las manos son de la misma forma que las que se ven en las estelas cartaginesas. Da para cronología del tesoro el período s. VI-IV a. J. C. al final del que decayó la influencia comercial fenicia.

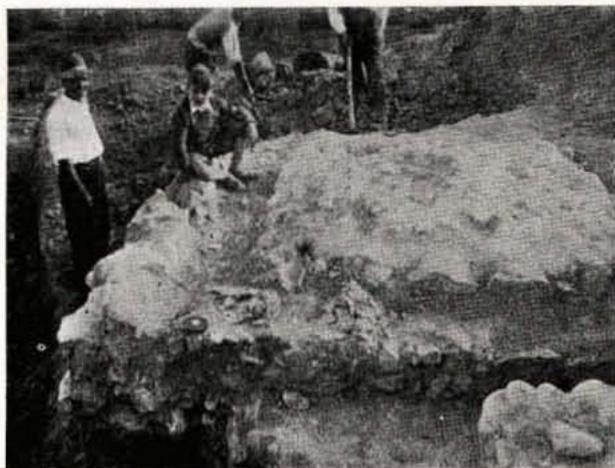
En cuanto al brasero de la cañada de Ruiz Sánchez, fué encontrado en una tumba constituida por un túmulo de unos 3,50 m. de alto, bajo el que se hallaba una fosa enlucida de rojo, y en ella restos de haber sido incinerado el cadáver in situ. El ajuar, a más del braserillo, lo constituía un oenochoé de bronce de cuello delgado, datable en el s. VII a. J. C., dos puntas de lanza, y algunas cosas más. La tumba debió ser celta y los objetos procedentes del comercio púnico. Por la fecha atribuida al oenochoé, podría suponerse el braserillo de hacia el s. VI a. J. C.

Objetos de oro.—El único objeto hallado de este metal es un pendiente de los llamados de morcilla (fig. 2.^a). El cuerpo del mismo es de sección cuadrada, rematado en los alambres de sujeción a la oreja. Un alambre finísimo se arrolla en cada extremo hasta dejar libre sólo la parte inferior, constituyendo el único adorno. Su cronología abarca un período algo dilatado, pues, aunque su procedencia parece, sin duda, púnica, su forma es de las más corrientes en España. Ejemplares análogos se ven en Ibiza, Villaricos, Cádiz, etcétera. Suponemos que su importancia duró hasta fines del siglo III a. J. C. Al igual que el P. Delattre en las necrópolis de Cartago, encontramos estos pendientes sin compañero, y si bien no negamos que pudiera ser el «nezem» que se llevaba en la nariz, esta alhaja, llevada por guerreros ibéricos, debió ir en una oreja, lo que parece verse en algunas esculturas del Cerro de los Santos.

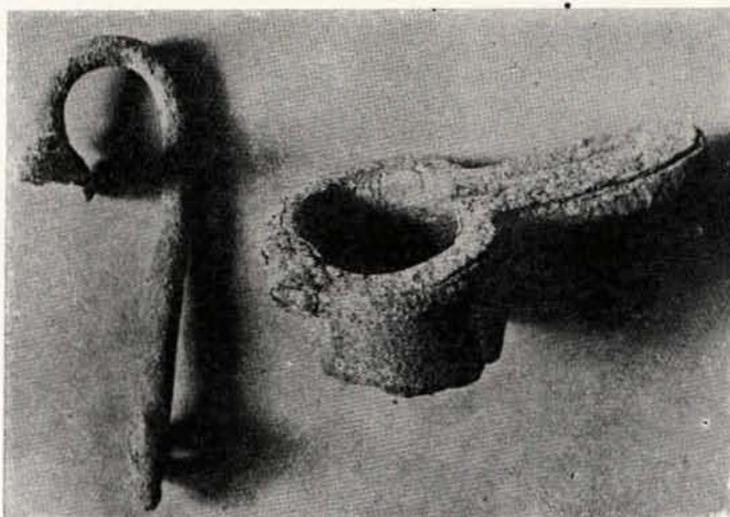
Resumen y cronología.

Resumiendo cuanto llevamos dicho, podemos decir que nuestra tumba era de un guerrero, posiblemente distinguido, pues los vasos de bronce griegos no son habituales en la necrópolis. La tumba, a los efectos de la cronología de las inmediatas, es más moderna que la 64, y anterior a la 61. Igualmente la 60 es posterior a la 64.

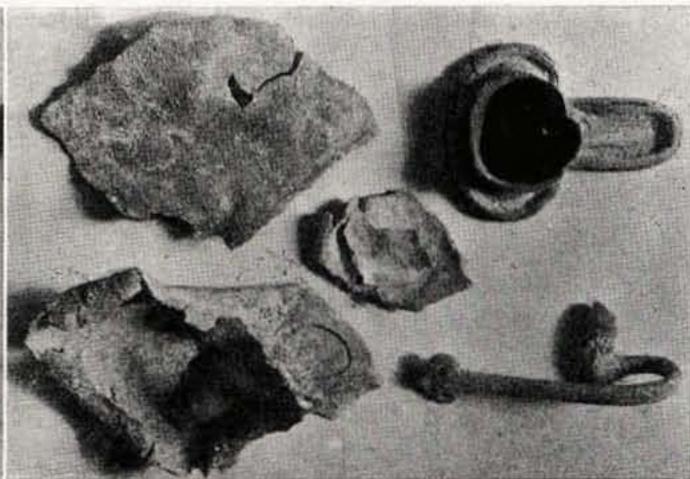
Los vasos de bronce pueden darnos fechas de gran exactitud. Así el oenochoé nos coloca a fines del siglo V o primeros del IV, lo que queda corroborado por el braserillo, ya que si suponemos más afín a su estilo el de la Aliseda, éste coincide con esas fechas. Y aunque el de la cañada de Ruiz Sánchez, por el oenochoé que le acompañaba, puede ser del siglo VI, la diferencia de estilo puede suponer una evolución en este tipo de vaso, que pasando por el de Aliseda llegase al del Cigarralejo, evolución que transcurría de los siglos VI a principios del IV a. J. C.



1-2



3



4-5

Tumba 57: 1-2. Diversos aspectos de la excavación.—3 y 5. Asa y cuello y otros fragmentos del oenochoe de bronce de dicha sepultura.—4. Restos del braserillo de bronce cartaginés que formaba parte del ajuar de la sepultura